

UN BURGALES FUERA DE SERIE Y DE NOMINA: DON JUAN TENORIO

Por José María CODON (Cronista de la Ciudad)

En la Corte de las Españas, bajo el reinado; del galante Felipe IV, a poco de extinguirse la vida disoluta de otro galán, Juan de Tassis, Conde de Villamediana (que fue acusado de la poco española aberración del pecado nefando), un fraile mercedario, hijo probable del gran Duque de Osuna, creaba un mito literario tan atrayente y universal como los de Don Quijote, Hamlet, Fausto y Romeo, y más aún que «La Celestina». El fraile, Fray Gabriel Téllez, se firmaba «Tirso de Molina». La obra era «El convidado de piedra o burlador de Sevilla».

El doctor Marañán escribió un sugestivo ensayo sobre los aspectos biopsicológicos e intersexual de don Juan. Pero el mito del seductor profesional, del fascinador irresistible, configura solamente un don Juan de tejas abajo. El personaje de Tirso protagoniza un gran drama a lo divino, que plantea el tema del castigo elevándole hasta las alturas del arte insuperable. Zorrilla acertó a poner «un punto de contricción» en don Juan, que arroja por la borda toda una vida de cinismo y burla, encontrando la salvación en la hora última de un amor sincero.

En la gran noche del Inconsciente, una cadena de desvergüenza y garzonería atenaza a don Juan en el Itinerario implacable de sus criminales aventuras. Castilla, Milán, Nápoles, Roma.

Más que la satisfacción de sus veleidades carnales le atraen a los claustros y mansiones de las vírgenes o esposas, la osadía, la irreverencia generacional, el sacrilegio y la blasfemia. El drama de Tirso, y a distancia, el de Zorrilla, contienen una profunda y bellísima trama para penetrar en el misterio del hombre encadenado a su más allá. Hay una entrega expresa o tácita del alma al diablo en los dos dramas, una atenta mirada a lo insondable del destino, y en ambos gravita sobre la cabeza de los personajes la Cruz de la redención. Reflejan sobre todo «El convidado de piedra», en aquellos momentos de las controversias sobre la gracia y la predestinación, un sentido inexorable de justicia. Camus, en el «Mithe de Sisiphe» mostraba en don Juan la necesidad de vivir cuantitativamente.

¿Qué figura histórica inspiró a Tirso de Molina «El convidado de piedra»? Nada menos que un búrcales, Juan de Valdivielso, cuyas aventuras corrían de boca en boca, en el siglo XVII, en consejas y coplas de pie quebrado, en vida de Tirso y eran muy conocidas por Fray Melchor Prieto, primer cronista de la ciudad de Burgos, fraile y obispo de la misma Orden de la Merced. Figura cuyo centenario se celebra en 1978.

*«En tiempos del Rey Fernando
Rey católico y guerrero
avitaba un cavallero.
generoso
de bicios muy afamado...»*

Las coplas relataban la historia de un noble, burlador de mujeres y pendenciero, que, en su castillo de Torrepadierne, junto a Villanueva de las Carretas, a cinco y media leguas de Burgos, estaba un día como de costumbre, dando suelta a su jactancia, en una partida de naipes. Los varios testigos insignes del proceso que se hizo a un su tataranieta. Fray Pedro de Guzmán, recogen la tradición de que desesperado don Juan, retó al Infierno, diciendo: «Diablos venid por mí y si lo dexeais por este escapulario, yo arrojo el escapulario, siendo llevado en cuerpo y alma al Infierno».

Es sorprendente y curioso: El burlador de Sevilla era de Burgos. Como el lindo don Diego, el galán de Moreto, del que me ocuparé.

Don Juan Tenorio personifica a aquel fanfarrón de Juan de Valdivielso, castellano de Torre Padierno o Torrepadierne, de la Casa y Mayorazgo de los Valdivielso, nieto de Leonor y Juan, Vizconde de Vitoria, del linaje de Santo Domingo de Guzmán y de Pablo de Cartagena. Ahí es nada. ¡Que tema para monografías o tesis. ¡Y qué perfiles turísticos para Torrepadierne! Y sobre todo, qué magníficas pistas para la investigación: José Zorrilla autor de «Don Juan Tenorio» descendía por la línea paterna de Villasana de Mena; todos sus ascendientes, por parte de madre, eran de Muñó, Presencio y Tordómar. Su madre de Celada del Camino. Sus padres se casaron en Arroyo y se desposaron en Burgos. El gran dramaturgo se crió en Arroyo de Muñó y Lerma.

¿No pudo Zorrilla Inspirarse para su versión, del mito de don Juan en las tradiciones y leyendas de Muñó, Celada y Torrepadierne, Castillo endemoniado, donde los Valdivielso retaban a los Infiernos y emparedaban damas? Con tal tema y tal memoria e imaginación, no es de extrañar que escribiese un drama de masas que ha llegado con eco popular hasta nuestros días.

Poesía 1: Desde el alto de Muñó.
José Zorrilla.

Gigante sombrío, balcón de Castilla,
castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
por cuyos salones en vez de tu gente
reptiles arrastran su piel amarilla,
dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,
tus ricos tapices de sedas y flores,
tu gente de guerra, tus cien trovadores
que alzaron ufanos triunfante canción?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
guerrero humillado que el tiempo ha rendido,
tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
el mundo no sabe que existe Muñó.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
con negros recuerdos corroen mi alma...
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma
quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta proscrito en el mundo,
tal vez en el polvo de féretro inmundo,
sin nombre, sin gloria para siempre hundo
mi frente abrasada de inútil sudor;
¡por ti, resto infame, fantasma de duelo,
morada maldita de un ángel del cielo
que amé y me robaron...!, ¡maldito tu suelo,
maldito tu nombre..., maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
a la vergüenza del llano,
castillo sin castellano,
matrona sin hermosura.
De ti el tiempo se rió,
tus torres se derribaron,
tus vasallos te ultrajaron,
tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
de fértil vega mancilla,

a esa ermita de Castilla
sin sacerdote sujeto.
Sin pendones que ondear,
sin blasones a la entrada,
tu bóveda agujereada
no has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
sin un soldado en el muro,
hoy crece el arbusto impuro
al pie de tus torreones.
Señor muerto en tierra ajena,
olvidado de tu gente,
a pedazos de tu frente
roba el viento tu melena.
Y pasa a tus pies el hombre
sin buscarte en su memoria,
porque no leyó tu historia,
ni se acuerda de tu nombre.
Tú tienes uno, que en aciago día
en tu gastada piedra escribí yo,
y el nombre de otro y la vergüenza mía
con la tuya quedó.
Cuando mi labio le nombró, mentía,
cuando mi mano le grabó, mintió;
hoy...ya no existe; en su carrera impía
el tiempo le arrastró.
Y ese nombre celestial
que el tiempo devoró al fin,
una mujer por mi mal
le arrebató a un serafín;
el huracán de la vida
sólo dejó, ¡oh mi querida!,
para mi eterno tormento
en prenda de maldición,
tu nombre en mi pensamiento,
tu amor en mi corazón.